EL POSITIVISMO PERUANO EN VERSION FEMENINA:
MERCEDES CABELLO DE CARBONERA Y
MARGARITA PRAXEDES MUÑOZ

Isabelle Tauzin Castellanos
Université de Bordeaux

En este final de siglo la palabra “positivismo” suena de modo terriblemente arcaico. Sugiere una teoría estéril, en algunos aspectos descabellada. Pero hace cien años la palabra “positivo” abarcaba una multitud de significados: equivalía a “real, útil, cierto, preciso, orgánico, relativo, simpático”¹. Ser positivista era ser moderno. La presentación del positivismo que hizo Salazar Bondy en su *Historia de las Ideas en el Perú*², muy precisa en cuanto a algunos pensadores que difundieron esa filosofía, casi no tuvo seguidores. El desprestigio que sufre hoy el positivismo es tanto más extraño que nadie en el mundo hubiera sospechado ese rechazo hace un siglo. En aquel entonces, por todo el continente americano soplaban los vientos renovadores del positivismo, Méjico era gobernado por los “científicos”, Brasil se había convertido en una república regida

-
1. Lagarrigue, Jorge: “Positivism y catolicismo”, 1884, citado en *Pensamiento positivista latinoamericano*, t. 1, ed. Leopoldo Zea, Biblioteca Ayacucho, Caracas 1980.
 2. Salazar Bondy, Augusto: *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*, t. 1, ed. Francisco Moncloa, Lima 1965.

por una divisa positivista y favorecía la religión de la Humanidad con templos a lo largo y lo ancho del país. En Colombia había sido elegido varias veces en el decenio del 80 un presidente cercano a las ideas positivistas. Para situar la amplitud de esa corriente en el Perú basta recordar algunos títulos que evidencian su arraigo en la juventud de la posguerra: en 1886 Mariano H. Cornejo presentó *El progreso indefinido*, en 1889 Javier Prado expuso *El método Positivista en el Derecho Penal*, en 1891 Federico Villarreal publicó *El calendario positivista*. El positivismo promovido en la década de 1890 fue ante todo un positivismo práctico, un método de investigación aferrado a la experimentación. Para los intelectuales peruanos atareados a la construcción de un Perú moderno, el terreno de las aplicaciones prácticas ya era demasiado amplio como para dedicarle mucho tiempo a la investigación teórica; lo que sí, todos rechazaban rotundamente metafísica y religión. Se produjo entonces un fenómeno singular, una *extraña división entre los sexos*: dos mujeres fueron las que se pusieron a debatir sobre el aspecto teórico del positivismo. Mercedes Cabello le dedicó al tema un ensayo titulado *La religión de la Humanidad*; Margarita Práxedes Muñoz, una joven científica hoy completamente desconocida, publicó una novela sobre el mismo tema, *La evolución de Paulina, novela sociológica*. Una explicación a esa partición sexual frente al positivismo puede ser el que en la Lima de finales del siglo pasado las mujeres no tuvieran acceso a ninguna carrera universitaria, por tanto sólo podían teorizar, les faltaba la oportunidad de experimentar y, a primera vista, la filosofía de Augusto Comte otorgaba a las mujeres un papel exclusivamente benéfico.

I. MERCEDES CABELLO DE CARBONERA Y LA RELIGION DE LA HUMANIDAD

En 1893 cuando fue editada *La religión de la Humanidad*, Mercedes Cabello de Carbonera había llegado a la cumbre de su carrera de novelista. Después de escribir dos novelas de corte romántico protagonizó en 1888 un escándalo al de-

nunciar en *Blanca Sol* la inmoralidad de algunos miembros de la clase alta, luego se lanzó al coto vedado de la política publicando la seudo "autobiografía de un hombre público" (en realidad la novela *El Conspirador*), un ataque feroz contra Piérola³. Para difundir las nuevas corrientes de pensamiento se dedicó también al ensayo: *La religión de la Humanidad* fue publicado un año después de una larga reflexión sobre *La novela moderna* y antes de otro folleto en el que ensalzó a su contemporáneo ruso, *El conde León Tolstoi*.

Tratar del positivismo en 1893 no era una novedad para Mercedes Cabello, pues hacía tiempo que este tema ya le atraía. En 1876 había publicado un artículo titulado "*El positivismo*" pero, desconociendo evidentemente la teoría del filósofo francés Augusto Comte (ésta tardó más de treinta años en difundirse en el mundo después de la muerte de su fundador), le daba a la palabra "positivismo" un significado muy general y peyorativo. Pero luego, a partir de 1890, la afamada escritora empezó a restringir el positivismo a la filosofía de Comte. En un artículo titulado "*Los héroes peruanos*" que publicó en *El Perú Ilustrado* el 19 de julio de 1890, con motivo de la devolución de los cuerpos de los héroes muertos en el conflicto con Chile, se percibe claramente la influencia de Comte. Mercedes Cabello comparte su fe en un futuro de paz y orden social basado en el progreso y la moralización. Así, una vez superada la primera interpretación equivocada, Cabello escribe *La religión de la Humanidad*. A este ensayo le da la forma de una respuesta a uno de los más conspicuos representantes del positivismo en América, el chileno Juan Enrique Lagarrigue⁴, pues lo edita como una carta abierta y luego en forma de libro de la editorial Torres Aguirre.

3. Véase mi artículo "Politique et hérité dans *El Conspirador* de Mercedes Cabello de Carbonera", en *Bulletin Hispanique*, tome 95, ed. Université Bordeaux III, 1993.

4. Juan Enrique Lagarrigue se convirtió al positivismo en 1881 cuando se reunió con su hermano Jorge quien llegó a París en 1876 para cursar la carrera médica y enseguida se relacionó con los discípulos parisienses de

Cabello empieza justificando su interés por el positivismo. El sentimiento que la impulsa es el altruismo, el deseo de la felicidad universal, que sólo podrá concretarse cuando el orden social sea más justo y coincida con los avances del progreso científico. Esta es justamente la meta del positivismo. La escritora se sitúa en seguida en el complicado mundillo positivista apuntando su adhesión sin reservas al sistema doctrinal del filósofo francés a pesar de las críticas del afamado discípulo de Comte, Littré, quien rechazaba la reintroducción de la subjetividad en la nueva filosofía con el ropaje de la 'religión de la humanidad'⁵ (ed. Torres Aguirre p. 8-9). Luego de esta aclaración Cabello expone las ideas de Comte. El tema religioso es uno de los más relevantes y audazmente tratados. Cabello afirma que si casi toda la humanidad se deja dominar por sus emociones ante lo desconocido, no por eso acepta ella creer en un ser superior. Siguiendo los pasos de Comte denuncia el miedo y el feudalismo en que se asentó durante siglos el poder de la Iglesia. La rotunda negación de Dios, bajo la pluma de una mujer, suscitó seguramente una actitud de repudio por aquellos años. Revela un pensamiento muy independiente y tal irreverencia podría pasar como un primer indicio de enajenamiento mental^{6, 7}. La escritora enlaza unas críticas cada vez más virulentas:

¿Qué es el catolicismo para la parte masculina de nuestras sociedades? Es el mercantilismo cubierto con la careta de Tartufo [...] ¿Qué es para la parte femenina? Es un limbo [...] (p. 37-38)

Augusto Comte. Ambos hermanos se adhirieron a todos los dogmas comtianos y asumieron el papel de propagandistas de la religión de la Humanidad fundada por Comte para la felicidad universal.

5. Entre los positivistas peruanos según consta en el libro de Augusto Salazar Bondy no prosperó en absoluto este aspecto del comtismo.
6. Es curioso el paralelismo que se puede establecer entre el estado de locura en que murió Mercedes Cabello y el que Comte fuera tachado de loco, una explicación cómoda para relegar al olvido a dos intelectuales opuestos a las corrientes de su tiempo.
7. Desde 1891 dejaron de oírse los acentos anticlericales de González Prada pues viajó a Europa hasta 1897.

También contradice a Lagarrigue, portavoz oficial del credo positivista, sugiriéndole que la nueva religión que promueve sólo corresponde a una etapa en la historia y, por tanto, no es eterna. Los ataques al catolicismo de nuestra escritora explican a posteriori el comportamiento de sus personajes novelescos, con esa indiferencia religiosa que los caracteriza y contrasta con el papel relevante que Clorinda Matto de Turner da en sus novelas al tema de la fe y caridad católica.

No sólo son religiosos los argumentos que esgrime Cabello a favor del positivismo, también los hay políticos. El positivismo promueve la paz entre los pueblos. Mercedes Cabello recuerda en *La religión de la Humanidad* los llamados de Lagarrigue en favor de la devolución de Tacna y Arica. También evoca la conversión pacífica del imperio brasileño en república con los lemas positivistas de “Orden y progreso”, y “Vivir para los demás”. Imparcial e independiente respecto a Lagarrigue, quien apoya en Santiago al autoritario Balmaceda contra los liberales, Cabello declara su rechazo del ideal político de los positivistas: la dictadura no puede ser la mejor forma de gobierno. Para demostrarlo cita a varios dictadores que llevaron sus países al colapso. Existe una perfecta coherencia en el pensamiento político de Mercedes Cabello pues expresa el mismo apego a la democracia en su novela *El Conspirador*.

También con firmeza impugna la misoginia subyacente en el pensamiento positivista⁸. Se opone a la idealización comtiana de la mujer que condena en realidad todo un sexo a la pasividad de estatuas idolatradas. Con acentos feministas muy distintos del paternalismo de Comte reivindica en este ensayo el derecho de la mujer al trabajo. Gracias a una educación más adecuada y a sus actividades laborales (p. 47) las mujeres no se entregarían a ciegas al primer pretendiente:

8. En Clotilde de Vaux, una mujer real de la que Comte se enamoró platónicamente y murió en 1846, vio el filósofo francés la encarnación de la religión de la Humanidad. Después de muerta hizo de ella la mujer ideal, modelo del ángel del hogar para todas las mujeres.

El matrimonio no es para todas un asilo seguro e infalible [...] se condena a una parte inmensa a la orfandad y la desgracia, cuando no al vicio y a la prostitución. (p. 46)

Cabello ataca además la viudez indefinida a la que el positivismo condena a las mujeres so pretexto de fidelidad y amor absoluto. A sabiendas de lo dura que es la soledad se opone al destino que el positivismo fija para las viudas. En cambio, como Comte, cree en el instinto de la maternidad y lo valora eximiendo a la madre cargada de hijos de trabajar fuera de casa (p. 49-51). Tal valoración de la maternidad, de parte de Mercedes Cabello que enviudó joven y sin hijos, permite que intuyamos el sentimiento de fracaso y marginación que sentiría en la Lima de 1890.

A pesar de las críticas formuladas en contra suya, Juan Enrique Lagarrigue le agradeció a la autora peruana su intervención a favor del positivismo reconociendo sus méritos y su osadía en una carta⁹:

Ha desplegado Usted extraordinario valor moral al ser la primera persona, y eso con pertenecer a un sexo de suyo tímido para empezar las innovaciones, que levantará la voz en el Perú, tratando de interesar las almas en nuestra santa causa.

La religión de la Humanidad de Mercedes Cabello resulta una reflexión personal y profundizada de la teoría de Comte. Pero más que todo evidencia la libertad de pensamiento de una novelista sumamente maltratada por la Historia. En este ensayo Mercedes Cabello se expresó sobre los temas más discutidos y considerados como menos femeninos denunciando las fallas de tres fundamentos de la sociedad limeña, el catolicismo, el caudillismo y la marginación femenina. Al año

9. Carta fechada del 2 de marzo de 1894 citada en *Pensamiento positivista latinoamericano*, t. 2, Biblioteca Ayacucho, Caracas 1980.

siguiente, mientras se preparaba a emprender un viaje por el continente dejando por primera vez el Perú, otra mujer iba a relevarla en la ardua labor de presentar el positivismo. Margarita Práxedes Muñoz promovería con juvenil entusiasmo el positivismo, novelizando la teoría de Augusto Comte para hacerla más asequible al público profano¹⁰.

II. MARGARITA PRAXEDES MUÑOZ Y LA EVOLUCION DE PAULINA

Margarita Práxedes Muñoz nació hacia 1862. A los veintiséis años desistiendo de casarse consiguió matricularse en la Universidad de San Marcos. Al cabo de dos años obtuvo el título de bachiller en ciencias naturales después de cursar asignaturas tan austeras como química general, anatomía y fisiología generales. Terminó la tesis de bachiller en diciembre de 1889 y esperó diez largos meses antes de sustentarla como cualquier estudiante varón. Titulada *Unidad de la materia o Identidad sustancial de los reinos orgánico e inorgánico*, aquella memoria empieza con una dedicatoria reveladora del vínculo intelectual que la une a Mercedes Cabello. Expone la adhesión a las teorías evolucionistas de Práxedes Muñoz quien se refiere a Spencer y Darwin pero nunca cita a Augusto Comte, lo que parece indicar que aún no lo había leído. Margarita Práxedes Muñoz fue la primera mujer que recibió el título de bachiller en ciencias cuando la ley no autorizaba aún el ingreso de las mujeres en la universidad. Luego Práxedes Muñoz (así firma las solicitudes que dirige a las autoridades sanmarquinas, escamoteando el nombre muy femenino de Margarita) colaboró con tres artículos científicos en el *Perú Ilustrado*, dirigido por Clorinda Matto de Turner quien era

10. Jorge Basadre en *Introducción a las bases documentales ...* y Elvira García y García en *La mujer peruana a través de los siglos* reprodujeron los datos recogidos por Zoila Aurora Cáceres acerca de Práxedes Muñoz en *Mujeres de ayer y de hoy*, ed. Garnier, París 1910.

víctima de una campaña de difamación. Testigo de la degradación del clima intelectual en Lima, Práxedes Muñoz prefirió alejarse y se instaló en la capital chilena para ser oyente de la Escuela de Medicina de Santiago¹¹. Allí consiguió trabajar como auxiliar de la clínica de enfermedades nerviosas del doctor Augusto Orrego Luco. Entonces dio a la imprenta su novela *La evolución de Paulina*¹².

Quizá se explique la desgraciada suerte de aquella novela por el reducido número de ejemplares que llegaron a Lima. Lo que sí fue leída por Mercedes Cabello, quien alabó su originalidad en una larga reseña de *El Perú Artístico* del 1º de junio de 1894. Curiosamente la afamada novelista no se fijó tanto en el interés filosófico de esta obra como en el que no obedeciera a las pautas románticas del género ni a las naturalistas. La meta de Práxedes Muñoz no fue escribir una novela social ni una novela de costumbres como se solía llamarlas sino una “novela sociológica”, así reza el subtítulo, es decir una novela que ilustrara una nueva ciencia, la sociología, y por tanto tratara del desarrollo de la sociedad. La palabra “evolución” incluida en el título desvela una idea básica para la autora: todo va transformándose, se impone el progreso y retrocede el oscurantismo sin que sea necesaria la violencia de una revolución. *La evolución de Paulina* empieza con una dedicatoria al “ilustre general peruano señor don Andrés Avelino Cáceres”, una indicación muy valiosa de las preferencias políticas de la escritora en el momento en que civilistas y demócratas luchan para volver al poder.

-
11. Maritza Villavicencio cuenta en *Del silencio a la palabra -Mujeres peruanas en los siglos XIX-XX* (ed. Flora Tristán, Lima 1992) que “había una gran oposición a que las mujeres ingresaran a la Escuela de Medicina, pues se decía que los conocimientos científicos podían poner en peligro la fe de las estudiantes, dañando así el papel de formadoras cristianas que les era propio”.
 12. Me referiré a la única edición, hecha por la imprenta Cervantes en Santiago de Chile en 1893. He conseguido todos estos datos biográficos investigando en el archivo de San Marcos.

Práxedes Muñoz advierte de entrada a los lectores que su intención no es distraerlos sino difundir la filosofía positivista (p. 5). Según ella la crisis intelectual que afecta a sus contemporáneos ha nacido de los grandes descubrimientos científicos que caducaron los antiguos dogmas. Un nuevo orden se vuelve imprescindible (p. 6). El positivismo, que promueve el altruismo y racionaliza el orden social, llenará aquel vacío: renunciando a la metafísica, el positivismo se contenta con conocimientos relativos y busca la armonía universal. Por tanto *La evolución de Paulina* se presenta como una novela de tesis. La novelista anticipa las críticas sobre los protagonistas: no son seres idealizados pues “no pueden sustraerse al pernicioso influjo del medio corruptor”. Como si hubiera cambiado de opinión a la hora de publicar la novela, Práxedes Muñoz censura en el prólogo a sus personajes de papel: “hoy, cosa increíble, se hace la vida más inmoral, creyéndola de buena fe muy moral” (p. 8). Práxedes Muñoz termina esa introducción disculpándose por las debilidades de su novela, obra de una científica más bien que de una profesional de la literatura (p. 9). El lector habrá de esperar unas cien páginas antes que la autora abandone la forma novelesca para dedicarse a la presentación de los principios del positivismo. Amparada por el velo de la ficción, parece disfrutar recordando su adolescencia y sus inquietudes. Por la evidente semejanza entre autora y narradora resulta muy interesante el comienzo de la novela: ahí es donde traspasan las contradicciones del pensamiento de Práxedes Muñoz. Paulina, la heroína, sustituta de Margarita, está escribiendo una carta. Le relata a una amiga sus secretas emociones de adolescente dominada por la pasión amorosa y la sed de conocimientos. La forma narrativa escogida, que tiene más de un parecido con la novela de Mercedes Cabello *El Conspirador, autobiografía de un hombre público*, da la impresión de un testimonio real e íntimo.

Lo primero que cuenta Paulina a su confidente son los estragos de la guerra de modo que enseguida la intriga está situada en aquel tiempo. Los recuerdos infelices son poco

precisos, pues es probable que en aquellas primeras páginas Práxedes Muñoz se autocensurara pensando ser publicada en Chile. Lo que sí cuestiona de manera inequívoca es la actuación política de Piérola a partir del 79 (p. 13). Se rebela contra la supremacía masculina y el silencio impuesto entonces a las mujeres:

nosotras las mujeres no sólo no tenemos el derecho de ser oídas por los políticos de nuestro país, pero ni aun siquiera se nos permite emitir privadamente nuestra opinión (p. 14)

Luego Paulina evidencia otras injusticias que padecen las mujeres. Recuerda su sed de conocimientos:

yo amaba la ciencia con el mismo furor, con la misma locura con que se puede amar a un hombre (p. 22)

Esta pasión desmedida, casi varonil, fue combatida por los familiares de Paulina. La violencia psicológica se cernía sobre la joven, la familia decidió encerrar a Paulina en un convento ya que no desistía de estudiar (p. 22). Es probable que tal empeño y combate sea un eco de lo que vivió Práxedes Muñoz. Sus reivindicaciones en materia de enseñanza superior femenina cuestionan de modo tajante el orden masculino establecido. Tal amor a la ciencia explica también el apego de la autora al positivismo pues es la filosofía que valora más los conocimientos científicos.

Paulina recuerda luego las distintas etapas de su formación intelectual. Los estudios le infundieron dudas y fue dejando de creer (p. 19). Cree que los milagros que cuentan las distintas religiones no fueron sino alucinaciones de algunos hombres (p. 20-21). Cabe subrayar el atrevimiento de Práxedes Muñoz con tales afirmaciones impuestas de buenas a primeras al interior de la trama narrativa y no en el marco de un ensayo polémico. Ahora bien, liberada de todo prejuicio, Paulina tiene una actitud contradictoria al pensar en su propio porvenir, idealiza tanto la ciencia que se niega a convertir esta

afición en una carrera pues teme convertirse en una mercenaria de la investigación científica:

Mis maestros me aconsejaron optase por una carrera profesional. [...] representáronme la conveniencia de abrir a la mujer peruana una carrera científica y profesional [...] (p. 24)

Es obvio que Práxedes Muñoz transcribe su vivencia. La actitud de rechazo de Paulina traduce un malestar muy profundo frente a la realidad, es el temor de perder la libertad intelectual tan difícilmente conquistada. Nuestra heroína prefiere apartarse de las aulas y retirarse a estudiar en casa. Negándose a ser un símbolo de emancipación profetiza un porvenir negrísimo a sus compatriotas:

La mujer peruana está reducida a la triste condición de la mujer rusa [...] en nuestra Patria se les mira como parias, y habrán de perder la razón si no optan por el destierro (p. 25-26)

Esta visión tan negativa y la conciencia de las innumerales dificultades con las que tropezaría si intentara ganarse la vida en Lima gracias a la ciencia –recuerda Paulina los desengaños de Trinidad María Enríquez¹³– explican por qué la autora misma prefirió alejarse de Lima para seguir la carrera de médico.

Paulina relata otro descubrimiento que hizo, por cierto mucho más tradicional en el marco de una novela: experimentó la pasión amorosa pero ¡leyendo un artículo científico sobre el evolucionismo! En vez de la apariencia física, la inteligencia fue la que despertó en ella tal sentimiento. En el segundo capítulo de *La evolución de Paulina*, no tan variado como el

13. Trinidad María Enríquez fue la primera peruana que emprendió en el Perú estudios superiores. Después de años de estudios jurídicos, tuvo que “abandonar decepcionada los claustros universitarios, pues los padres de la Patria le negaban el título de bachiller [...]” (*La evolución de Paulina* p. 25)

primero, sólo trata del amor. La narradora recuerda su anhelo de conocer al autor del ensayo que le llamó la atención y los primeros encuentros con Alberto, el enamorado involuntario. El nombre del joven es inspirado de Abelardo cuya sabiduría sedujo en la edad media a la desdichada Eloísa (p. 54). Por supuesto el desenlace también será infeliz para Paulina. En esta pareja los papeles tradicionales se invierten, Paulina es la que tiene iniciativa y Alberto es de apariencia delicada, casi diríamos femenina (p. 38). Tal inversión es muy reveladora: para Práxedes Muñoz, en el fondo, la mujer ideal encarnada por Paulina no puede ser pasiva, es naturalmente emprendedora y lleva la vida que quiere sin atenerse a los usos sociales. En cuanto al ideal masculino es todo lo contrario del varón tradicional ya que la novelista lo dota de la sensibilidad que los tópicos le atribuyen a la mujer perfecta. El tercer capítulo corrobora esta inversión (p. 45). Enfrentando los llantos de su enamorado, Paulina nuevamente toma la iniciativa y nos sume en el típico melodrama decimonónico:

Esta muda explosión de sufrimiento venció mi pudor: inconscientemente arrojéme a los brazos de mi amado; los sollozos me ahogaban; nuestro delirio había llegado hasta el frenesí; suprimida estaba la conciencia, anonadada la voluntad..... (p. 46)

¿Qué encubren los puntos suspensivos? Los lectores/as se quedan con el alma en vilo, y esperan algún arreglo como los de siempre en la literatura. Pero frente a Alberto que se presenta atemorizado y ansioso de “reparar [su] falta”, Paulina se rebela y se niega a casarse proclamando su independencia para con los prejuicios de sus contemporáneos (p. 49). La inversión de los papeles tradicionales ‘mujer sumisa versus hombre dominador’ es obvia: Alberto cae a los pies de Paulina y le besa las manos suplicándole histérico. Paulina condena el matrimonio (p. 50) con una osadía y lógica totalmente inesperadas¹⁴:

14. Sólo en 1897, tras unos largos debates y unas manifestaciones hostiles encabezadas por mujeres llegó a autorizarse el matrimonio civil.

el matrimonio católico significaba para nosotros la apostasía: ambos éramos libre-pensadores [...] Ya esperaríamos que el espíritu de progreso llevase a nuestra patria el matrimonio civil. (p. 50)

A un casamiento convencional e hipócrita prefiere una forma de convivencia (p. 51). Lo que sí mantendrá un gran pudor en la evocación de la intimidad de la pareja (p. 53). Esta vida marital, que González Prada hubiera aprobado como defensor de la unión libre, difiere en cambio de las pautas positivistas ya que Augusto Comte hacía del matrimonio un vínculo completamente indisoluble. Práxedes Muñoz desarrolla aquí unas ideas muy avanzadas para la época. Podemos incluso contraponer a su pensamiento el de Mercedes Cabello a la que no faltaba el espíritu pionero pero que se conformaba con la moral de su tiempo cuando se trataba del porvenir de las jóvenes¹⁵. En medio de aquella intriga amorosa se intercala una crítica virulenta del ambiente universitario limeño: los estudiantes son tachados de inmorales (p. 57). El pudor herido de Alberto refleja probablemente los desengaños que experimentara Práxedes Muñoz en los pasillos sanmarquinos. Intuimos gracias a este pasaje las dificultades y muestras de incomprensión que determinaron su partida para Chile¹⁶. La pasión amorosa que nació de modo tan extraordinario tiene un desenlace infeliz: Alberto deja a Paulina para estudiar en París y allá se olvida de ella. Este final es la tardía condena de la vida libre que escogió la joven. La escritora no llega a permitir una emancipación femenina feliz. Desesperada la heroína está gravemente enferma cuando el Perú entra en

15. Las heroínas de Mercedes Cabello que se deshonran entregándose a su amante, luego mueren traicionadas por éste o terminan prostituyéndose.

16. Una imagen de la hostilidad general a los estudios universitarios femeninos nos es proporcionada por el trabajo de M. del Carmen Alvarez Ricart en *La mujer como profesional de la medicina en la España del siglo XIX*, ed. Anthropos, Barcelona 1988.

guerra¹⁷. Volvemos así al inicio del relato cuando Paulina empezaba a apuntar los motivos de su tristeza.

Ocupada Lima, la protagonista prefiere exiliarse a Colombia cuya vida cultural pondera (p. 79-80). Encarece el nivel de instrucción conseguido por las colombianas y el gran número de literatas (p. 81). Después de descubrir aquel oasis de cultura (cabe preguntarse si el país al que alude Paulina no es más bien Chile donde Práxedes Muñoz pudo estudiar y trabajar a sus anchas) nuestra heroína hace el segundo encuentro importante de su vida. Oye fascinada las ponencias de un jesuita, el padre Esteban que se ha convertido al positivismo y que exalta el concepto de selección vinculándolo a la idea de perfeccionamiento (p. 83). De buenas a primeras tal enfoque recuerda mucho el darwinismo y el evolucionismo de Spencer¹⁸. Pero luego el padre Esteban se interesa por la situación presente de la humanidad y comparte la visión social de Comte: como los hombres ya no creen en un más allá mejor, van a surgir disturbios sociales y para evitarlos es necesario darle esperanzas al "proletario", término que forma parte del léxico del propio Comte; es imprescindible contrarrestar el nuevo peligro que se cierne sobre América con el nombre de "socialismo" (p. 86). Después de esta primera exposición de ideas, el padre Esteban le cuenta a Paulina cómo su juventud fue arruinada por los desengaños del amor, por lo que se apartó del mundo, y al estudiar el positivismo comtiano "evangelio de amor y fraternidad" quedó convencido de que constituía la única solución para "mejorar las actuales

17. Al final de la novela, Práxedes Muñoz descargará de toda responsabilidad en el conflicto a los positivistas chilenos, escribiendo que "el positivismo protestó en nombre de la Humanidad contra tamaña injusticia, y fue precisamente un positivista chileno quien tuvo el heroico valor de desaprobear públicamente la conducta de sus compatriotas y aconsejarles la devolución del territorio usurpado," (p. 250).

18. Para Spencer todo está evolucionando, pasando de lo homogéneo a lo heterogéneo. Para sus adversarios esta teoría que no condena la búsqueda metafísica alienta las tendencias a la anarquía y al individualismo.

condiciones de los desheredados de la fortuna" (p. 97). Después de enunciado este generoso proyecto, el marco novelesco se vuelve innecesario, el lector que se había interesado por el destino de la protagonista se halla sumido de repente en un tratado filosófico sobre los méritos del positivismo. La forma del diálogo adoptada hasta aquí, puede incluso interpretarse como una reminiscencia del *Catecismo positivista* de Comte que estribaba en un diálogo entre una mujer y un sacerdote de la Humanidad.

A partir de este momento, Práxedes Muñoz deja de lado la intriga novelesca para hacer la apología del sistema filosófico de Augusto Comte. De entrada cabe reconocer que es la parte menos lograda de la obra, basada en una sucesión de citas pocas veces comentadas. La autora empieza reconstruyendo la vida de Augusto Comte¹⁹, escribe al estilo de los hagiógrafos borrando las ambigüedades de la vida de Comte para sublimar la figura del maestro. Existe un gran paralelismo entre las desgracias del filósofo, tan importantes cuando creó la religión de la Humanidad y divinizó la feminidad, y las pasiones frustradas de los dos héroes de Práxedes Muñoz, Paulina y el padre Esteban, como si la novelista no pudiera liberarse del arquetipo amoroso de Comte. También se adhiere del todo a la idea del filósofo francés de que domina la "anarquía intelectual [...] y es] fuente de todos los males" (p. 129), por eso los hombres ya no creen ni temen a Dios, y cunde el desorden (p. 207), Muñoz rechaza las ideas libertarias (p. 211) que pronto encontrarán algún eco en Lima, está persuadida de que el positivismo puede brindar a sus contemporáneos la fe que les hace falta y que permitirá reorganizar la sociedad para conseguir la felicidad universal (p. 208). Nuestra autora reproduce el modelo histórico propuesto por Augusto Comte, cuestionando sólo su indulgencia para con la Iglesia:

19. Robinet Dr: *Notice sur la vie et l'oeuvre d'Auguste Comte*, ed. Dunod, París 1864.

su juicio nos parece demasiado indulgente: él no reprueba el sistema de opresión que el teologismo ensayó entonces (p. 179)

Después de la revolución francesa, cuenta Muñoz, ha empezado un nuevo período, el “estado positivo” que verá el auge de la industria, del arte, de la ciencia y de la filosofía. La escritora aprueba las ideas de Comte sobre la conducción de la política; de ahora en adelante los gobiernos serán representativos de los pueblos y la superioridad intelectual será decisiva para asumir el mando. Se dará la mayor importancia a la educación moral con el fin de terminar con la inmoralidad. Los pensadores y los sabios, que conformarán con los artistas “la clase especulativa”, ejercerán una autoridad espiritual sin asumir las responsabilidades políticas que dejarán a “la clase activa” constituida por “los banqueros, los comerciantes, los manufactureros y los agricultores” (p. 194). La nueva organización solucionará las injusticias y desaparecerán los disturbios sociales puesto que todos se satisfarán de su status (p. 195). Práxedes Muñoz está convencida de que puede edificarse una nueva sociedad en provecho de dos grupos, el patriciado y el proletariado que convivirán armoniosamente (p. 232-233). En cuanto a las clases medias “deben gradualmente desaparecer” (p. 233). Nuestra autora no puede concebir un cambio radical, lo que en el fondo rechaza es la violencia, la idea de lucha de clases puesta de manifiesto por primera vez por Flora Tristán. La primacía que le da a la educación, la fe en la moral pueden relacionarse con la lucha personal de Práxedes Muñoz contra la ignorancia; para quien nunca se vio sumido en la miseria, el saber es la mayor riqueza. Con el fin de preparar la nueva sociedad, Muñoz cree necesario instituir un “Comité occidental” cuya meta será la difusión del positivismo, cierto europeocentrismo se transparenta entonces en el texto como si la autora considerara a sus compatriotas como incapaces de elaborar nuevos proyectos políticos (p. 196). Ella acepta sin reparo la dictadura sobre las mentes y la pérdida de libertad individual que regirán la nueva sociedad en nombre del bien universal; escribe: “Todo derecho humano es tan absurdo como

inmoral" (p. 232). La adhesión a tal proyecto, muy lejano de la realidad social peruana, explica de por sí el exilio definitivo de la autora en busca de otra tierra de promisión.

Por otro lado Práxedes Muñoz se adhiere a las ideas retrógradas de los positivistas acerca de las mujeres. De modo muy claro aparece su creencia en un temperamento femenino. Peor aún, piensa que las mujeres son menos inteligentes que los hombres, lo que justifica la hegemonía masculina (p. 164). Como para compensar la presunta inferioridad intelectual, el tema de la superioridad moral de las mujeres se convierte en un leitmotiv (p. 206-210). Las mujeres han de preferir un solo tipo de vida, una vida pasiva, consagrada al bienestar de sus familiares (p. 210). Aparece clarísima una contradicción en el pensamiento de Práxedes Muñoz: lleva una existencia libre y condena a sus iguales a la dependencia y sumisión. ¡Manifiesta un egoísmo muy poco comtiano! Acaso su apego a la religión de la Humanidad se explique por el papel peculiar que ésta otorga a las mujeres, "ángeles guardianes" del hogar (p. 220). Además de consolar y animar a los hombres —un papel limitado que se parece al antiguo reposo del guerrero— el positivismo ordena que las mujeres se encarguen de la educación de los niños para "asegurar al corazón el predominio sobre la inteligencia" (p. 229). Como parte de esta labor "se hará leer (a los niños) obras poéticas, se les enseñará el canto y el cálculo" (p. 227) pero no queda claro quién será ese "se" impersonal. ¿Tendrán las mujeres esos conocimientos? "Las niñas deben seguir el mismo curso, por lo menos en sus partes esenciales" (p. 229), o sea no gozarán de la instrucción superior que Práxedes Muñoz recibió. Cuando los niños lleguen a la adolescencia las madres se contentarán con vigilarlos (p. 228). A nuestra escritora neófita le cuesta ver las fallas del sistema al que se adhiere. No censura la división artificiosa que el filósofo francés hace de la vida humana en grandes etapas como si todos los hombres fueran iguales en su desarrollo (p. 218), a los veintiocho años se pone un punto final a la vida de las mujeres casándolas, no recibirán el sacramento positivista de "la madurez" pues por antonomasia son inmaduras.

Quizá el ideal de Comte constituyera para la autora de *La evolución de Paulina* un modelo frente al destino que huyó, ese destino de las limeñas de clase acomodada, educadas para conseguir un marido y lucir trajes, y que no incluía la educación de los hijos encargada a extraños, que tanto valora Augusto Comte al poner por las nubes el papel de madre.

Otros muchos temas de índole filosófica son debatidos por Práxedes Muñoz. Por razones de espacio los dejamos de lado. Con la exaltación de la religión de la Humanidad, “única religión verdaderamente universal y católica” concluye la presentación teórica del positivismo. Paulina retoma el hilo de su biografía. El padre Esteban le demuestra cuán imprescindible es su ayuda pues ella será capaz de guiar a las mujeres por el intrincado camino positivista. La vocación altruista de Paulina debe hacerla actuar a favor de sus hermanas para que asuman su rol de madre en el seno de la familia en vez de corromperse en las peores labores:

¿Toleraría Usted que los hogares estuviesen para siempre privados de sus ángeles guardianes [...] porque las exigencias tiranas de un criminal egoísmo les impone la durísima necesidad de ir a buscar el pan a los talleres, que no son sino verdaderos focos de prostitución? (p. 243)

Este discurso aparentemente feminista coincide con el de algunos líderes obreristas que temían que las mujeres se convirtieran en una mano de obra de reemplazo. Para favorecer esta seudoliberación, Paulina acepta difundir el positivismo. Obrará además en beneficio del Perú entero, según afirma el padre Esteban, quien denuncia las consecuencias de la guerra con Chile y profetiza un feliz porvenir para el Perú (p. 249). La narradora se representa el Perú con un idealismo increíble, que revela una ceguera total en el momento en que otros escritores desvelan la terrible miseria indígena:

[El Perú es] una república que practica la fraternidad y respeta escrupulosamente la dignidad humana [...]. (p. 251)

Está sobreentendido que el Perú se limita a Lima y que siendo incapaz de solucionar sus problemas debe esperar que Europa lo salve gracias a esa nueva religión que predica la armonía universal. Las políticas de inspiración positivista llevadas a cabo en Méjico y en Brasil no son mencionadas. Lo que sí la escritora rechaza es el escepticismo de sus contemporáneos nacido del “divorcio tan acentuado entre la ciencia y la religión” (p. 252) y cree que la educación positiva solucionará todos los males acarreando la desaparición de los egoísmos y aislando “el repugnante tipo del libertino, hoy tan vulgarizado en la sociedad peruana” (p. 253). Después de un último homenaje a Augusto Comte, Paulina discute algunos puntos de la doctrina que acaba de ensalzar en cuanto a la viudez indefinida (p. 257-258). Tampoco acepta ver limitada su afición al saber (p. 259). Reprueba la negación tajante de alguna entidad divina, principio básico del sistema comtiano (p. 259); incapaz de renunciar a la idea de un “Ser absoluto” por encima de los hombres, concluye:

Estoy de acuerdo en esto con Herbert Spencer: lo conocido no es sino una manifestación de lo incognoscible (p. 261)

Reemplaza finalmente el credo cristiano de la felicidad en un hipotético más allá por un credo terrenal, lleno de esperanzas en un porvenir más próximo:

¡Felices los pueblos que más se acerquen al ideal positivista! ellos establecerán sobre la Tierra el verdadero reinado de la justicia, y la Humanidad, libre de los odios y anomalías del pasado, mediante el perfeccionamiento moral, con el concurso unánime de todos sus hijos, habrá, por fin, alcanzado su grandiosa y sublime EVOLUCION. (p. 266-267)

La novela de Margarita Práxedes Muñoz se cierra así con una nota de optimismo. La conversión de Paulina o más bien su “evolución” pues no ha sido un proceso repentino ni precipitado, ha de servir de modelo a los lectores. Práxedes Muñoz

se adhiere a la filosofía de Comte porque ve en ella una respuesta a los problemas del mundo moderno. Es conciente de algunas desigualdades sociales pero de ninguna manera es revolucionaria. El orden de la familia que valora condena a las mujeres al encierro so pretexto de salvarlas del peligro de la prostitución. Tal enfoque dista muchísimo de la vida emancipada llevada por la protagonista misma a principios del libro y por supuesto por la autora. Ocurre con Margarita Práxedes Muñoz el mismo fenómeno que observé con las otras escritoras peruanas del siglo pasado²⁰: la independencia económica que conquistan no les parece envidiable y prefieren alabar un modelo de vida que no conocen por experiencia propia. La autora de *La evolución de Paulina* nunca volvió al Perú. Pocas son las huellas que tenemos de ella pero evidencian su personalidad excepcional. En 1895 acogió en Santiago a Clorinda Matto que huía de la furia pierolista²¹. Luego fue a instalarse a Buenos Aires renunciando a la medicina para “consagrarse a la teosofía. También pronunció conferencias en las logias masónicas, en los centros socialistas, en el Brasil [...] se prosternó en el templo de la humanidad”²². Según Elvira García y García, Práxedes Muñoz llegó a publicar en Buenos Aires en 1902 una recopilación de sus artículos bajo el título de *Mis Primeros ensayos*, pero ni la Biblioteca Nacional de Argentina ni la del Perú conservan ese libro. Luego del primer decenio de nuestro siglo se desconoce su paradero. Sería interesante rastrear sus huellas hasta la Argentina y Brasil. De esta manera tal vez llegaríamos a apreciar en su totalidad la evolución de Margarita Práxedes Muñoz, aquella paria olvidada desde hace cien años.

20. Véase mi tesis de doctorado *Les romans féminins péruviens dans la seconde moitié du XIXe siècle*, Poitiers 1990.

21. Clorinda Matto le escribió a Ricardo Palma en una carta fechada el 9 de junio de 1895, conservada con la correspondencia del tradicionista por la Biblioteca Nacional en Lima, concluyendo “Margarita Práxedes Muñoz ha sido un tipo en este sentido [para recibirme].”

22. Cáceres, Zoila Aurora: op. cit.

Al principio de este estudio estaba el interrogante de la existencia y peculiaridad de un positivismo femenino. Aunque sería instructivo analizar el positivismo masculino para poderlos encarar punto por punto, una labor larguísima que por razones materiales descartamos, después de adentrarnos en *La religión de la Humanidad* y en *La evolución de Paulina*, creemos que queda evidenciado el profundo conocimiento del pensamiento comtiano que tuvieron Mercedes Cabello y Práxedes Muñoz. En sus escritos la palabra "positivista" ya no es una mera etiqueta ni un señuelo. Su apego a tal filosofía nace de un rechazo de la situación contemporánea. Ambas están desilusionadas y anhelan un cambio en provecho de todos. Esperan que se imponga la felicidad universal gracias a la emergencia de una nueva moral altruista. Sus vidas dominadas por la incomprensión y el desengaño explican quizá su sensibilidad a tal meta. Además el positivismo valora la educación como el principal factor de cambio, y ésta es la que ha permitido que ambas autoras escapen de su lógico destino. Pero no son concientes de la contradicción que conlleva su adhesión al positivismo: en el fondo exaltan el papel de madre y la vida exclusivamente consagrada a la familia cuando ni una ni otra vivieron en semejantes circunstancias. Eso sí, conocedoras de la soledad femenina, censuran rotundamente la viudez indefinida, esta muerte en vida que el filósofo francés quiso imponer. Mercedes Cabello y Práxedes Muñoz le otorgan también la mayor importancia a la educación porque rehusan la violencia que encierra el concepto de lucha de clases, un concepto que se estaba imponiendo entonces en el mundo como explicación de la historia universal. Horrorizadas por los disturbios sociales y las imágenes de guerra, rechazan cualquier esquema revolucionario. Otra peculiaridad del positivismo femenino son los feroces ataques al catolicismo. El anticlericalismo de ambas se acerca a las posturas de González Prada y sus críticas superan las de Comte respecto al rol y a las fallas de la Iglesia. Pero mientras Mercedes Cabello parece indiferente al tema metafísico, Práxedes Muñoz no puede dejar de creer en algún ser superior, lo que aclara su actitud proselitista para con la religión de la Humanidad,

esta preocupación será tal que decidirá su destino. Finalmente nuestras escritoras discrepan en un punto muy revelador de la madurez de una y del fervor de otra. Si para Mercedes Cabello nada puede justificar una dictadura, Práxedes Muñoz rechaza sin reparo la noción de derecho considerando que “no hay sino deberes de todos para con todos” (p. 231), una intransigencia digna de los peores integristas y que autorizaría todos los atropellos. ¡ Felizmente todo ello no pasó de ser una utopía!